

10  
PRECIO  
\$1.00

# El Colegial

M.R.

REVISTA INFANTIL  
(APARECE LOS VIERNES)

AÑO I  
15 DE AGOSTO DE 1941.  
N.º 18





**TIJERETA**

(LEPTASTHENURA AEJITHALOIDES)

**CLASE AVES**

La Tijereta es una ave pequeña y muy simpática, se parece mucho al Caehudito, aun en sus costumbres. El nombre vulgar con que se le conoce, le viene muy bien debido a su característica cola.

Su alimentación la constituyen los insectitos que recoge entre los árboles y arbustos por los cuales trepa con mucha agilidad, recorriendo los troncos y ramas de las mencionadas plantas.

Su nido lo construye entre el follaje de los matorrales, donde pone hasta cinco huevitos de un color blanco.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco de Santiago).

(APARECE LOS  
VIERNES)

Castilla 6662  
—Correo 4.—

Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

# El COLEGIAL

PRECIO  
DEL  
EJEMPLAR:

\$1.-

SUSCRIPCIONES  
EN CHILE:

Annual . . . \$ 30.—

Semestral . . . 15.—

AÑO I

Director Propietario E. CARO

N.º 19

## MI CHARLA DE HOY

Queridos amiguitos: uno de los vicios más difundidos entre los niños es el vicio de la mentira. Y digo ésto con conocimiento de causa, pues muchas veces he sido víctima de alguna mentira de un compañero. Pero lo más asombroso para mí es que la mentira se practica entre los niños como una especie de deporte. Y todo el mundo celebra el engaño forjado por el mentiroso entre risas y carcajadas, sin considerar los grandes males que pueden derivarse, tanto para los engañados como para el propio mentiroso. Porque no hay que olvidar que muchas veces el mentiroso es la primera víctima de su propia mentira. Don Tomás de Iriarte cuenta en una de sus admirables fábulas la historia de un muchacho pastor que solía divertirse llamando a grandes voces a los demás pastores, pretendiendo que venía el lobo a destrozar el rebaño. Pero el lobo no venía nunca y los pastores regresaban a sus respectivos apriscos renegando contra el muchacho mentiroso que los hacía correr inquietos sin ninguna necesidad. Hasta que en una ocasión vino el lobo de verdad. El muchacho llamó desesperadamente en su ayuda; pero los demás pastores no acudieron a socorrerle, pues creían que se trataba de un nuevo engaño. Y el lobo destrozó el rebaño a su regalado gusto.

Ya saben, pues, amiguitos, la mentira no es solamente un vicio muy feo, sino también un vicio muy malo para los mismos mentirosos.

Hasta el Viernes, amiguitos.

EL COLEGIAL





# Los esclavos del SULTAN



**RECUERDE:** Que María y Walter, hechos prisioneros son conducidos al palacio del Sultán de Constantinopla, donde se los considera hasta el momento en que Walter se niega a abrazar el Islamismo, siendo azotado cruelmente por su negativa. Llegan en esos días dos misioneros que vienen a rescatar esclavos, siendo incluido Walter; pero negándose a emprender el viaje resuelve quedarse hasta que su hermana pueda acompañarle. El emano Conrado cuenta a la Sultana Fátima una conmovedora historia y le pide interceda por los dos niños. Fátima consulta a Ali, quien arregla todo el plan para dar libertad a Walter y María...

## CAPITULO XI

### *A bordo del Veneciano*

Esa misma tarde la Sultana habló largo rato con Ali, y le enseñó una preciosa sortija que había de ser la recompensa del moro, si éste le ayudaba fielmente en el asunto de los niños.

Al día siguiente Ali refirió a Fátima todo cuanto había sucedido. Abdulah y Leví habían dicho al Sultán que Walter había muerto y se hallaban en grave apuro a consecuencia de la negativa del niño a aceptar sin la de su hermana.

Querían conducirlo a la fuerza a bordo del Veneciano sólo por no perder el elevado precio del rescate, pero esto ofrecía graves inconvenientes, pues podría ocurrir fá-

cilmente que el niño los descubriera. Entretanto Abdulah tenía a Walter escondido en su morada.

—De este modo, terminó Ali, tenemos a Abdulah y a Leví en nuestro poder, pues o nos entregan al niño, o el Sultán les hará pagar su mentira con la cabeza.

—Está bien, Ali, respondió Fátima, pero no han de recibir de los misioneros extranjeros ni siquiera un marco por este esclavo. No quiero tampoco que ninguno de ellos se quede en prenda. Ya lo oyes, ni siquiera un marco por este esclavo. Sin embargo, no quiero perjudicar a Abdulah, pero yo misma fijaré el precio. Entre tanto puede éste ocultar al niño, pero ¡ay de él! si toca siquiera un cabello de su cabeza. La ejecución de nuestro plan debemos dilatarla hasta el día después de la fiesta del Beirám, como tú discretamente has pensado.

Ali no estaba enteramente de acuerdo con la disposición de Fátima, pero hubo de conformarse, y pensó en sacar a su compañero Abdulah alguna bonita cantidad por el favor que le hacía. Se dirigió a casa de Abdulah, el cual, después de empeñada disputa, se tragó el anzuelo, y Ali pudo anunciar a Fátima que todo estaba arreglado.

Transcurrieron días y más días sin que María y Conrado pudieran traslucir cosa alguna de los proyectos de la Sultana. Tampoco sabían qué había sido de Walter. Conra-

do no sabía que a la mañana siguiente después que refirió a Fátima su historia, Walter había sido sacado del cuarto del genízaro, pero ninguno de los esclavos conoció la suerte de su compañero. Todos suponían que estaría a bordo del barco que había de conducirle a su patria. Esto aseguraba Conrado a María, la que no se cansaba de llorar, pues esperaba de su hermano siquiera que se despidiera de ella. Pero Walter había partido sin decirle una palabra y esto le partía el corazón.

La Sultana veía los ojos tristes de la niña y las miradas inquietas de Conrado, pero no les dirigió ni una palabra de consuelo. Así pasaron tristemente los últimos días del Ramadán. Por fin todos los cañones anunciaron el fin del mes de los ayunos y el principio de la fiesta de Beirám; pero mayor que la alegría de los musulmanes fué en aquel Beirám el júbilo de los esclavos.

Por la tarde del mismo día fueron los misioneros a verse con Abdulah para hacerse cargo de los esclavos que se hallaban reunidos en un patio del palacio. Abdulah estaba de mal humor, pero los niños lloraban de alegría. Esta conmovedora escena la estaba presenciando Walter desde las ventanas de su prisión. A todos los conocía; entre los afortunados esclavos vió a sus amigos Antonio y Estanislao, quienes no le vieron a él, aunque les llamó por señas. Cuando salieron del patio saltando le alegría, Walter se emocionó en extremo y le pareció demasiado duro el sacrificio que había hecho por su hermana.

Todavía no se había ahogado su dolor, cuando Abdulah entró en su

estancia y le mandó secamente que le siguiera. Entre tanto ya había anochecido, pero los faroles y linternas de los minaretes y cúpulas de las casas y palacios, y de los mástiles de los buques del cercano "Cuerno de Oro" iluminaban aun las más escondidas calles del jardín del palacio.

Salen corriendo alegremente los esclavos que han sido rescatados y Walter que los está mirando desde la ventana de su prisión, siente ya que es demasiado el sacrificio que hace por su hermana.

Seguido del Inspector, llegaron a la puerta de la punta del Palacio. Todo estaba en silencio; sólo se percibía el rumor lejano de la fiesta allá en las calles de la ciudad, y al lado allá de los muros el ruido de las olas al estrellarse en las rocas.

—Todavía no han llegado, murmuró Abdulah.

—¿Conoces esta puerta? preguntó al niño.

—No, señor.

—Pues muchos príncipes de nuestra casa real han venido a morir aquí, dijo Abdulah. El procedimiento es muy sencillito. Entran en un bote; los mudos le dan a los remeros una docena de veces, toman al hermano del Sultán, le atan al cuello una cuerda con una piedra, le arrojan al mar y queda asegurada la tranquilidad del imperio.

—¿Y voy yo a morir ahora de este modo? preguntó Walter lleno de terror.

—Bien lo mereces por tereco. Pero ya vienen, añadió. En efecto, se oyeron pasos en la arena entre los obscuros cipreses.

—¿Sois vos, Alí?, preguntó Abdulah.

—Yo soy, y los cestos están pre-



...Pero cuando se destaparon los cestos, y salieron su hermana María y el enano Conrado...

parados, contestó el viejo moro con voz apagada.

—Adelante pues, dijo Abdulah abriendo la puerta con su llave. Walter vió una escalera muy empinada que conducía a la playa, y en la orilla una canoa tripulada sólo por dos remeros. Abdulah empujó rápidamente al niño por la escalera, y le hizo entrar en el bote. Walter tembló, creyendo llegada su última hora. Inmediatamente fueron puestos a bordo por los vigorosos remeros dos grandes cestos, y Abdulah ordenó:

—¡Remad!

Los remeros se apartaron en silencio de aquel lugar, entraron en el Bósforo, y haciendo un arco alrededor de la punta del Palacio, evitando acercarse a los barcos iluminados, llegaron a una gran embarcación que había anclada a la entrada del "Cuerno de Oro".

—Sin novedad, Santa María, di-

jo uno de los remeros.

—Santa María, respondió el capitán. Ante los cestos abordo y después el niño.

Así se hizo. Momentos después Walter, que no sabía en que iba a terminar todo aquello, estaba en la cámara, y también los dos grandes cestos. Allí se vió Walter con gran sorpresa en medio de sus alegres compañeros y con los dos misioneros. No sabía si llorar o reír, pues lo primero que se le ocurrió era que se lo llevaban a la fuerza a su patria, pero cuando se destaparon los cestos, y salieron de ellos en medio de las exclamaciones de alegría de todos sus compañeros, su hermana María y el enano Conrado, no pudo menos de romper a reír llorar de alegría al mismo tiempo.

Mientras los marineros llevaban anclas, y un viento favorable henchía las velas, Conrado y María refirieron cómo hacía una media ho-

ra los había llamado la Sultana y les había concedido la libertad.

—He tenido que hacerlo en secreto, había dicho a la niña, porque el Sultán nunca habría consentido en ello. Pero mañana sale a pasar revista a las tropas, y cuando vuelva ya no se acordará de la hermosa niña que le cantaba y ni del enano. Ahora os meterán en unos cestos y no debéis moveros siquiera hasta que no estéis en el barco.

—Así nos habló y luego nos dió preciosas joyas para nuestros padres, y nos encargó que le dijéramos que una mujer musulmana había obrado con tanta nobleza como una española. ¿Qué quiso decir con esto, Conrado?

Conrado hubo de referir la historia que había contado a la Sultana, y todos celebraron su discreta invención. Los misioneros dijeron que la Sultana les había enviado recado, de que ella enviaría los tres niños al barco sin rescate ninguno, pero que ellos hasta aquel momento en que el capitán iba a mandar levar anclas habían dudado del cumplimiento de su palabra.

Con el corazón inundado de gratitud oraron los niños, mientras que el buque cortaba la tranquila superficie del mar de Mármara, y las iluminadas cúpulas y minaretes de Constantinopla desaparecían lentamente.

Al siguiente día pasaron el estrecho de los Dardanelos. Cuando quedó atrás el último baluarte de los musulmanes, y hubieron adelantado bastante en el mar de Grecia, les esperaba una nueva sorpresa. De repente salieron de la bodega del barco, Janos y el intérprete.

—¿Vos aquí, Achmet-Effendi?

exclamó el Padre Martín.

—Ya no soy Achmet-Effendi, ni soy ya musulmán, dijo arrojando el turbante sobre cubierta, sino Bernardo Brocken, que suplica humildemente a vuestra Reverencia que le reciba en la Iglesia católica. Pues lo que he visto en vos y en estos niños ha conmovido mi corazón.

—Yo también imploro el perdón por el escándalo que he dado, dijo Janos avergonzado.

El anciano misionero los recibió amorosamente, y entonces fué completa la alegría.

La Santa María llegó felizmente al puerto de Venecia. Allí Walter se separó de su amigo António, que fué conducido en otro barco a su patria, a la ciudad de Bari, a la casa de sus padres.

Los padres de Walter le esperaban en Linz. Grande fué la alegría de éstos como también la del pobre Conrado que fué acogido amorosamente y que en adelante sería como otro hijo en la casa de Walter.

Mas la alegría raras veces dura mucho en esta vida. No tardaron en llegar los días tristes, cuando Kara Mustafá puso sitio a Viena con un poderoso ejército; pues aunque los musulmanes fueron vencidos, pasaron muchos años antes que el caballero de Donauegg, padre de Walter, recobrará sus bienes. Pero ni aun estos tristes acontecimientos bastaron para turbar la alegría de la familia de Walter, pues se encontraban junto a sus hijos y ésto les bastaba.

María se entretenía contando a su madre y demás hermanos las aventuras que habían corrido y esperaban no volver jamás a separarse y esto hacía felices a todos.



# Lindor el

**RECUERDE:** El joven Lindor va en busca del asesino y despojador de su padre. Pero para vencer al señor de Faunas necesita obtener la espada mágica y el guantelete encantado que están bajo la custodia de un dragón. Lindor se apodera del guantelete; pero Malagesta, la reina de las brujas adopta la figura de un pastor y conduce a Lindor al castillo de Faunas donde le tienen preparada una trampa.

## CAPITULO XVIII



1. Una vez que el señor de Faunas y Lindor se saludaron, el falso pastor se retiró con el pretexto de dejar la cabra en manos del jardinero. Lindor pasó al cuarto del señor de Faunas y allí hizo oír las melodías de su viola. Faunas escuchaba muy conmovido.



2. Cuando Lindor dejó de tocar, el señor de Faunas se levantó de su asiento y acercándose al joven menestral le puso afectuosamente una mano en el hombro diciéndole: —Tu música es suave, su melancolía ha reconfortado mi espíritu abatido, joven.



3. En seguida el señor de Faunas llamó a uno de sus lacayos y le ordenó que condujera al joven menestral al cuarto que le tenía preparado. Lindor explicó que no podía quedarse; pero el señor de Faunas insistió con tanto afecto, que el joven acabó por aceptar.



4. Cuando se encontró sólo en su pieza, Lindor empezó a sentir un extraño malestar que se acentuó después de haber descubierto en el respaldo del lecho una letra F, la inicial del nombre del asesino de su padre. De pronto se apareció el travieso duende Cachetín.

# Menestral



5. Con suma alegría recibió Lindor la aparición del travieso duendecillo y exclamó: —¡Cachetín, amiguito mío, qué contento estoy con tu llegada! —Y luego a tiempo, Lindor, respondió Cachetín. ¿Sabes dónde te encuentras? —No lo sé. — Pues te encuentras nada menos que en el castillo del señor de Faunas, el asesino de tu padre, respondió el duende.

6. Al oír esto, Lindor prorrumpió en exclamaciones de cólera y de venganza contra el dueño del Castillo. Pero Cachetín le calmó diciéndole que no debía dejar traslucir sus sentimientos de odio y de indignación. —Tienes que fingir, Lindor, para que el propio señor de Faunas, confiese su crimen. Después, como siempre, mi amo Persides te protegerá.



7. El duende Cachetín se transformó de pronto en un pajarillo y salió volando por una ventana. Lindor quedó solo en su pieza y puso a pasearse de un lado a otro como un león enjaulado. Para calmarse decidió pensar en otra cosa y, justamente estaba pensando en la dulce y bella Eliana de Lógroño, cuando se abrió la puerta y entró un lacayo.

8. El señor de Faunas os espera en el gran comedor, señor Menestral, dijo el lacayo. —Conducidme, replicó Lindor con toda calma. El lacayo lo condujo a través de vastos corredores y por fin Lindor entró en el enorme comedor. El señor de Faunas parecía muy abatido y más triste que nunca. —¡Ah, mi joven amigo, os aguardaba impaciente. Sentáos.

(Continuará)



**RECUERDE:** Damián y su hermana Rosalita abandonan la casa donde fueron recogidos por misericordia y por el camino encuentran a un moribundo que les confía una fortuna escondida en el fondo de una chaqueta. Después de muchas peripecias, los dos huérfanitos llegan a las minas de Lota donde trabaja el heredero del moribundo y sufren un accidente en una mina abandonada. Se les da una pensión y por la noche los ladrones entran a robarles la chaqueta. Al mismo tiempo otro alojado de la pensión va también a robar la pensión y sorprende a los ladrones vestidos de fuerza. Los ladrones son apresados por los carabineros y estos entregan la chaqueta al pensionista.

### CAPITULO XVIII

#### *Los pasos del señor Martín*

Los carabineros, los dos ladrones y el señor Martín llegaron a la pensión en cuyo umbral hallaron a doña Juanita a medio vestir, envuelta en un amplio pañuelo de reboso. Al ver a los hombres apresados por los carabineros los apostrofé iracunda:

—¡Bandidos, canallas, quebraron los vidrios de mi ventana, quebraron la reja del jardín, estropearon las plantas!

—¡Calma, señora, me parece que los perjuicios no son muchos! le dijo el carabinero Padilla.

—¡No son muchos, dice usted? Por lo menos son cincuenta pesos...

—¡No exagere, señora!  
De pronto la señora Juana se

quedó mirando fijamente al ché Desiderio y Celestino y luego exclamó:

—¡Pero si son los mismos...!

—¿Qué quiere decir, señora? preguntó el carabinero Miranda.

—Quiero decir que esos bribones son los mismos que ya estuvieron en mi casa para tomar café ayer. Ahora comprendo: vinieron para preparar el golpe. ¡Virgen santa! Si no hubiese sido por el señor Martín, esos bandidos me habrían asesinado.

—¡Protesto! ¡Jamás tuvimos esa intención! exclamó el ché Desiderio con voz firme, a pesar del dolor que sentía en la herida.

—¡Claro que me habrían asesinado, canallas! insistió doña Juanita.

—¡Cállese, vieja loca!, dijo ché Desiderio.

Mientras tanto, el carabinero Miranda tomaba apuntes en una libreta.

—Premeditación... robo con fractura, violación de domicilio... ¡Vamos, tunantes, se van a pegar una buena condena!

—Nosotros no hemos estado aquí antes, se atrevió a negar Celestino que no disimulaba su miedo.

—¿Que no han estado? exclamó indignada doña Juanita con aquella descarada mentira. ¡Pues yo le juro, señor carabinero, agregé dirigiéndose a Padilla que tenía tomado a Celestino, le juro que

ese hombre estuvo aquí y como prueba puede usted examinarle una de las piernas y verá en ella una herida que le hizo el perro de los niños que se alojan en esta pensión.

Padilla examinó una de las piernas de Celestino y vió que ésta decía verdad.

—En efecto, exclamó; aquí, en la pantorrilla tiene señales de una mordedura.

Miranda anotó el hecho en su libreta. En seguida, Miranda cerró su pequeña libreta de apuntes y dijo:

—Bueno; ahora nos llevaremos a estos pillos a la tenencia y mañana vendremos por aquí para hacer mayores averiguaciones. ¡Buenas noches, señora! ¡Buenas noches, señor!

—¡Buenas noches, señores carabineros! Me tendrán siempre a sus órdenes para lo que gusten preguntar o mandar.

—¡Buenas noches y muchas gracias por la ayuda tan oportuna como eficaz! agregó el señor Martín.

Los carabineros se alejaron con sus prisioneros y la señora Juanita se entró en su casa, seguida del señor Martín que arrastraba un poco la pierna al andar, pero que instintivamente trataba de disimular su cojera.

Dentro de la casa, la señora Juanita se hizo contar lo ocurrido y el señor Martín narró en forma por demás dramática y movida todos los hechos. Por supuesto que abrevió todo lo más posible porque estaba ansioso de hallarse a solas en su cuarto para sacar la fortuna escondida en los forros de la chaqueta. Terminado su relato, preguntó a la patrona:

—¿Y los niños?

—Están en mi cuarto, señor Martín.

—¡Qué susto han debido llevarse!

—Muy grande, señor Martín. ¡Y si no hubiese sido por usted que oyó maniobrar a los ladrones en la ventana... no sé qué cosa terrible habría pasado en esta casa!

—¡Cuide bien a los niños! ¡Hasta mañana, señora Juana!

—¡Hasta mañana, señor Martín! Los niños están ahora muy tranquilos porque están con su perro Betún.

—¡Tanto mejor!

Y el señor Martín se fué a su cuarto de dormir. Apenas entró, cerró la puerta con doble llave para no ser sorprendido en su tarea y en el acto se dispuso a extraer los billetes del forro de la chaqueta. Con mano trémula de emoción palpó primeramente por fuera los paquetes y sus dedos sintieron bajo sus yemas el espesor de los paquetes y hasta sus oídos percibieron el roce de los valiosos papeles convertibles en moneda.

De un tirón rasgó el forro cosido apresuradamente por Paulina algunas horas antes y metió la mano. Su mano tocó por fin los codiciados billetes y los sacó... ¡Oh! ¿Pero qué era eso? ¡Papeles, pedazos de diarios viejos!

Durante un buen momento el señor Martín se quedó desilusionado, desconcertado, sin saber qué pensar.

—¿Habrán sustituido los chiquillos los billetes por estos papeles? murmuró.

Pero luego pensó que el viejo caminante podía haber sido un hombre desequilibrado, malo de la cabeza, que creía de buena fé andar trayendo una fortuna en su cha-



Pero grande fué la sorpresa del Señor Martín al sacar de la chaqueta papeles de diarios viejos.

queta, cuando en realidad él mismo no había puesto allí sino pedazos de diarios viejos.

—Sí, esa es la explicación de este misterio, murmuró cada vez más convencido de que el viejo caminante no había sido sino un hombre fallo del sentido. Y luego, al pensar en los dos pillos que se habían expuesto a tantos peligros y que habían acabado por ir a parar a la comisaría por causa de aquellos papeles inútiles, el señor Martín se sonrió.

—¡En fin, nada he perdido y los niños están siempre bajo mi control y eso es lo que me interesa más que nada!, dijo entre dientes.

En seguida se desnudó, se acostó y apagó la luz. Al cabo de algunos minutos dormía plácidamente.

Al día siguiente se levantó bien temprano y fué a decirle a la patrona:

—Señora Juana; tengo que au-

sentarme por dos o tres días. Le recomiendo los niños; cuídelos mucho. A la vuelta no se quejará usted de mí.

—Sí, señor Martín, los cuidaré mucho, no sólo porque usted me paga bien, sino porque les he tomado cariño a los pobrecitos... ¡Que le vaya bien, señor Martín!

—Gracias y hasta pronto, señora Juana.

El señor Martín se fué a la estación más cercana para tomar el tren que debía conducirle a Concepción. En la estación divisó al ché Desiderio y Celestino entre dos carabineros. Ambos iban a ser conducidos a la cárcel de Concepción. El señor Martín trató de no ser visto y se ocultó disimuladamente hasta la llegada del tren.

Esa misma mañana Paulina y Damián fueron visitados una vez más por el médico de la compañía minera. El ingeniero Simpson no

había podido acompañarlo por impedirse su trabajo. Pero el médico no iba solo; lo acompañaba Gastón Ramos Barrientos. El joven minero esperaba que esta vez podría hablar con los huerfanitos. El médico le había dicho:

—Puede acompañarme, Ramos; pero si los niños están con fiebre, no lo dejaré hablar con ellos. Sólo en caso de que no corran peligro de agravarse dejaré que ellos hablen con usted todo lo que quieran.

Cuando la señora Juana contó al médico lo que había ocurrido en la casa durante la noche, el médico frunció el ceño y dijo:

—¿Pero y los niños?

—Tuvieron mucho miedo. Pero, afortunadamente, les dí el remedio que usted dejó y como a eso de las dos de la madrugada se quedaron dormidos en mi pieza. Parece que pasaron buena noche porque sólo ahora acaban de despertar.

El médico se volvió hacia Gastón y le dijo:

—Espere un momento, Ramos; veré cómo están esos chicos y si están bien lo llamaré a usted.

En seguida se hizo conducir por la patrona a la pieza donde estaban los niños. Estos, al reconocer al médico, se llenaron de alegría.

—¿Cómo han amanecido, niños? les preguntó el médico bondadosamente. ¡Veamos ese pulso!

Les tomó el pulso a ambos, sucesivamente, y en seguida les dijo:

—La fiebre ha bajado. Parece que sienten hambre ¿no es así?

—Sí, señor doctor, contestaron a dúo los huerfanitos.

—¡Estupendo! exclamó el médico. Y volviéndose hacia la señora Juana agregó: —Deles un caldito de ave y unos huevitos a la copa, pasados por agua... Un poco de

pan... pero que no coman carne.

—Muy bien, señor doctor, respondió la patrona.

Damián pegó con el codo sobre el brazo de su hermana como para incitarla a decir algo que la chica no se atrevía a decir. El médico vió el gesto del chico y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Tienen algo que decir?

—Sí, señor, replicó Damián mirando a su hermana.

—Pues habla, niña, le dijo el doctor a Paulina.

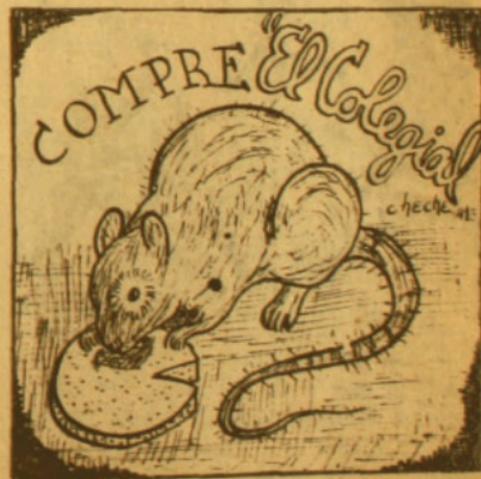
—Quisiéramos que usted nos permitiera hablar con Gastón Ramos Barrientos.

—¡Vamos, parece que adiviné lo que iban a pedirme! He traído conmigo a ese joven minero.

—Nosotros creíamos que estaba en Lota.

—Estuvo hasta hace poco, pero fué trasladado a Coronel. Lo llamaré al instante.

(Continuará)



# HISTORIA GRAFICA



121. Don Martín Oñez de Loyola acampó por la noche en un sitio denominado Curalava. Cuando todo el mundo dormía, Nabalburi se deslizó fuera del campamento y corrió a llevar la noticia a Pelantaro en el sitio donde éste lo esperaba según lo convenido.



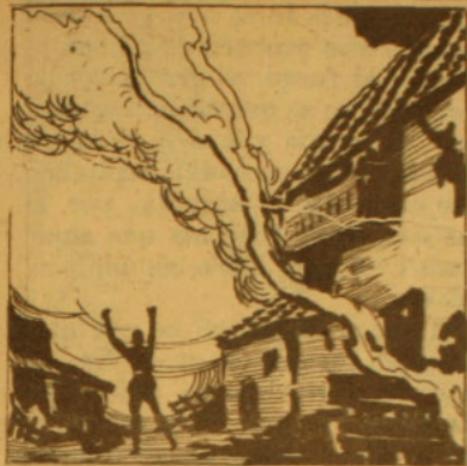
122. Al amanecer del día siguiente llegó Pelantaro con sus guerreros, guiados por Nabalburi, y sorprendiendo a los españoles los exterminaron a todos juntamente con los indios servidores. El propio don Martín perdió la vida en aquella trágica sorpresa.



123. A la muerte del gobernador Oñez de Loyola siguió un formidable alzamiento general de los indios. El vecindario de Santiago, lleno de pánico, proclamó gobernador al anciano licenciado don Pedro de Vizcarra que no era precisamente el hombre que hacía falta.



124. El anciano gobernador se puso personalmente al frente de sus tropas para dominar la terrible insurrección; pero no contando sino con escasos recursos en armas y municiones, sufrió sangrientas derrotas, aumentando con esto el desconcierto general.



125. La ciudad de Santa Cruz de Coya, fundada por Oñez de Loyola fué destruída por los araucanos quienes, en seguida, pusieron sitio simultáneamente a tres ciudades: Angol, Arauco e Imperial. Los alrededores de Concepción fueron también desolados por los indios.



126. Don Pedro de Vizcarra logró, sin embargo, impedir que Concepción cayese en manos de los terribles araucanos tomando a varios de ellos prisioneros en el asalto. Tantos desastres determinaron al virey del Perú a enviar un nuevo gobernador con refuerzos.



127. El nuevo gobernador don Francisco de Quiñones llegó a tiempo para salvar a la guarnición de Arauco. Si hubiese demorado un mes más, según dijo el propio Vizcarra después, habría sido necesario emprender de nuevo la conquista de Chile. Vizcarra no exageraba.



128. A fines de 1599, los araucanos incendiaron a Chillán, a Osorno y arrasaron a Valdivia. Quiñones tuvo que despojar a Angol y a Imperial, lo que significaba la ruina completa de sus habitantes, pues los indios saqueaban, en seguida, y destruían las propiedades.

# LA HIJA DE LA LUNA

## IV PARTE

Así se descubrió el engaño de este caballero, y la princesa, satisfecha de verse libre de otro importuno pretendiente, le devolvió encantada la rama. Llamó a los operarios y les pagó con creces el trabajo y ellos se marcharon alegres. Mas, en el camino, los sorprendió el fracasado pretendiente y les dió una paliza que los dejó medio muerto, por haber descubierto su secreto, y sólo escaparon con vida por milagro. El caballero se volvió a casa lleno de rabia, y en su desesperación al ver rechazadas para siempre sus pretensiones abandonó la sociedad de los hombres y se retiró a la vida solitaria entre las montañas.

El tercer caballero escribió a un amigo que vivía en la China encargándole que le trajese la piel de la rata de fuego. Este animal tenía la virtud de poder revolcarse por el fuego sin que se le quemase un solo pelo. Prometió dar al amigo cuanto dinero éste le pidiese por el objeto deseado.

Y apenas tuvo noticias de que había entrado en el puerto el barco en que llegaba su amigo, emprendió un viaje a caballo que duró siete días para salirle al encuentro. Entregó a su amigo una crecida suma y recibió la piel de la rata de fuego. Al volver a casa puso la piel en una caja y la mandó a la princesa, mientras esperaba fuera la respuesta.

El anciano tomó la caja de manos del caballero y, como siempre, fué a presentarla a la princesa, tratando de persuadirla a recibir al

caballero al momento; pero la princesa Luz de la Luna se negó diciendo que antes probaría la piel arrojándola al fuego. Si era la verdadera piel, no se quemaría. La sacó, pues, de la caja y la echó al fuego. Pero la piel se encendió crepitando y se consumió en seguida, por lo que conoció la Princesa que aquel hombre tampoco había cumplido su palabra.

El cuarto caballero no era más emprendedor que los otros. En vez de realizar el viaje en busca del dragón que llevaba en la cabeza la piedra que irradia cinco colores, reunió a sus criados y les ordenó que fuesen a buscársela por todo el Japón y por toda la China, prohibiéndoles volver hasta que hubiesen dado con ella.

Los criados, que eran numerosos, salieron en todas direcciones, pero sin la menor intención de cumplir una orden que consideraban absurda. Sencillamente se tomaron unas vacaciones y se reunieron en un lugar de esparcimiento para darse a la gran vida a costa de su caprichoso señor.

Entretanto, el caballero, pensando que sus criados hallarían la piedra preciosa, se distrajo en restaurar su casa, dejándola como un palacio magnífico para recibir a la princesa a quien estaba seguro de conquistar.

Transcurrido un año de anhelante espera y, en vista de que sus criados no regresaban con la piedra preciosa del dragón, empezó a desesperar.

Agotada su paciencia, se hizo acompañar de dos criados, alquiló una embarcación y ordenó al capi-



La dama enviada por el Emperador solicita del anciano ver a Luz de la luna...

tán que fuese en busca del dragón. El capitán y los marineros se negaron a encargarse de lo que les parecía una misión ridícula, pero el caballero les obligó al fin a hacerse a la vela.

Pocos días llevaban navegando cuando les sorprendió una tempestad tan duradera, que cuando por fin se calmó su furia, se le habían pasado al caballero las ganas de seguir en busca del dragón. El viento y las olas los arrojaron a la playa, pues en aquellos tiempos la navegación estaba muy poco adelantada. Cansado de tanto viaje y tantas peripecias, el cuarto pretendiente se decidió a descansar. Víctima de un fuerte enfriamiento, tuvo que ponerse en cama con la cara hinchada.

Enterado el gobernador de aquella calamidad, le envió mensajeros con una carta invitándolo a su casa, y mientras estaba allí pensando en las molestias que había sufrido, su amor a la princesa se convirtió

en odio y la culpó de todos los males que le habían sobrevenido. Imaginó que posiblemente había querido matarlo para librarse de él, y para satisfacer su deseo le había encargado aquella empresa imposible.

En aquella situación de ánimo fueron a verle los criados que él mandó en busca de la piedra preciosa y cuál sería la sorpresa de todos al ver qué, lejos de ser recibidos con regaños, se les acogía con elogios. El amo les dijo que estaba ya cansado de aventuras y que no quería acercarse más por casa de la princesa.

Como los otros, el quinto caballero fracasó en su empresa, pues no encontró la concha de la golondrina.

Por aquel tiempo la fama de la hermosura de la princesa Luz de la Luna llegó a oídos del Emperador quien envió una dama de la Corte a que viese si realmente era tan her-

mosa como se decía, pues, en tal caso, la invitaría al Palacio para hacer de ella una de las damas de honor.

Cuando llegó la dama de la Corte, la princesa se negó a dejarse ver por ella, a pesar de los ruegos de su padre. La mensajera imperial insistió diciendo que eran órdenes del Emperador, y entonces la princesa Luz de la Luna advirtió al anciano que, si se la obligaba a ir al Palacio en obediencia a las órdenes del Emperador, desaparecería de la tierra.

Cuando el Emperador se enteró de aquella obstinada negativa en acudir a su llamamiento y de la amenaza de desaparecer de la vista si se le obligaba a obedecer, decidió ir a verla en persona. Organizó una cacería por las cercanías de la casa del cortador de bambúes como pretexto para ver a la princesa, comunicó al anciano sus intenciones y recibió la aprobación a su plan. Al día siguiente salió con su numeroso séquito del que le fué fácil apartarse, encontró la casa del cortador de bambúes, y como todo estaba previsto, desmontó y entró sin estorbos a la cámara donde la princesa estaba rodeada de sus doncellas.

Jamás había visto tan prodigiosa belleza y no le era posible apartar los ojos de ella, pues superaba su hermosura la que puede imaginarse en un ser humano, ya que su persona brillaba con suaves resplandores. Y cuando la princesa Luz de la Luna advirtió que un desconocido la contemplaba, trató de huir de la cámara; pero el Emperador la detuvo, rogándole que escuchara lo que tenía que de-

cirle. Por toda respuesta, ella ocultó el rostro entre sus brazos.

El Emperador quedó rendidamente enamorado de ella y le rogó que fuese a la corte, donde la colmaría de honores y podría satisfacer todos su deseos. Y ya iba a ordenar que apercibiesen uno de sus palanquines imperiales para llevársela al momento, diciendo que su gracia y hermosura debían brillar en la Corte y no ocultarse en la cabaña de un humilde artesano, cuando la princesa lo detuvo, diciendo que si la obligaban a ir a Palacio se convertiría en una sombra. Y en efecto, al decir esto, empezó a perder su forma y su rostro desapareció ante la vista del Emperador.

Este prometió entonces dejarla en libertad si recobraba su primitiva forma, a lo que ella accedió.

Era ya hora de que el Emperador volviera a reunirse con su séquito, pues todos estarían ansiosos por lo que hubiera podido pasar a su regio señor, después de tanto tiempo de haberlo perdido. Por tanto, se despidió y se alejó con el corazón traspasado. La princesa Luz de la Luna era para él la mujer más hermosa del mundo; todas palidecían a su lado, y no dejaba de recordarla noche y día. Su Majestad dedicaba la mayor parte de las horas a escribir poemas expresándole su fervoroso amor, y aunque ella se negaba a dejarse ver de nuevo, le contestaba con muchos versos y de su puño y letra diciéndole cortés y afablemente que nunca se casaría con ningún hombre de esta tierra. Y aquellos pequeños poemas siempre llenaban de alegría el corazón del Emperador.

## Abrigos para Niñitas



1.—Práctico tapado de gacardina azul, suelto y recto, con mangas raglan. Lleva costuras encontradas y respunteadas en el borde. Cuatro bolsillos.

2.—Encantador tapado de lanilla jaspeada, cerrado con doble botonadura. Bolsillos subrayados por respuntes, como también los recortes delanteros.

3.—Tapado de lanilla escocesa, con cierre automático adelante. El escote se prolonga adelante en echarpe cruzada y abotonada. Bolsillos recortados en la falda. Presillas abotonadas en las mangas.

4.—Gracioso tapado de lanilla rosa, suelto y recto, con dos bolsillos y cuellito terminado en un moño adelante. Recorte en el medio de la trasera. Las mangas son amplias con los puñitos ajustados.

### RECETAS

#### PANCITOS ECONOMICOS

1/2 kilo harina, 15 gramos Royal (polvos), 50 gramos manteca, una taza leche, 1 cucharada de sal.

*Procedimiento.*— Con todos los ingredientes se prepara una masa blanda, se trabaja bien y luego se deja en reposo por 15 minutos, se forman los pancitos, se les pone un poquito de leche y se les lleva al horno bien caliente.

#### PARA ACOMPAÑAR AL TE

4 limones, 1 litro de agua; 1 naranja; 365 gramos de azúcar.

*Procedimiento.*— Póngase sobre el fuego el agua, con el azúcar despúmesese bien y agréguese la corteza amarilla de los limones y la de la naranja, déjese hervir 5 minutos y luego déjese enfriar. En seguida se exprime el jugo de la naranja y de los limones.



**RECUERDE:** Felipe Merando explorando el centro del Africa junta una enorme fortuna en piedras preciosas y la entierra al verse perseguido por unos bandidos. Por medio de una carta hace saber a su sobrino Santiago lo que le ocurre señalando los nombres de sus asesinos. Santiago, en compañía de su tío materno y de un amigo, forman una expedición para castigar a los asesinos y encontrar el tesoro lejano. Luchan contra los negros salvajes, los vencen y luego aniquilan a los bandidos y toman prisioneros a los menos culpables. Mientras están acampados contemplan una lucha feroz entre un enorme gorila y una pantera que poco antes ha atacado a los hijos del gorila y uno de los cuales ha sido recogido por los exploradores.

## CAPITULO XVI

La madre del pequeño gorila volvió a emitir un grito para llamar a su lado al hijo que la negra Diula tenía en brazos. Diula interrogó con la mirada a don Juan Salvere para saber lo que debía hacer. Y ante un gesto afirmativo del tío de Santiago, Diula dejó libre al pequeño gorila.

El antropoide saltó de los brazos de Diula a tierra y empezó a caminar lentamente, parándose de cuando en cuando para volver la cabeza y mirar a Diula. Hasta que por fin llegó al grupo formado por el gorila padre y sus hembras. Los animales gruñeron y lanzaron gri-

tos guturales. Parecían interrogar al monito.

—Ellos ahora ser amigos, dijo Diula. Ellos saber y estar contentos de los hombres.

Diula avanzó suavemente hacia los monos seguida de Montrose, de Salvere, de Santiago y de Kura-gán. Cuando estuvo cerca del grupo simiesco, Diula hizo una señal para que los hombres se detuviesen. Y por espacio de algunos minutos ambos grupos, de hombres y de monos, permanecieron inmóviles contemplándose mutuamente. Para el sabio Juan Salvere la entrevista resultaba una cosa verdaderamente emocionante. Dos o tres veces el pequeño gorila herido volvió donde estaba Diula, aumentando así la emoción del sabio.

Por fin, el enorme gorila padre pareció adoptar una resolución. Alzando sus largos y poderosos brazos delanteros como si quisiese asirse a una rama, lanzó un gran grito ronco y en seguida se hundió en la penumbra del matorral seguido de sus hembras y de sus pequeños.

—¡Quién pudiera saber lo que ha pasado en esos cerebros primitivos! murmuró don Juan Salvere. Esos parientes pobres de los humanos no han recibido, sin duda la facultad de vivir el tiempo, de darse cuenta del ayer y del mañana que se confunden en imágenes obs-

curas, sin temor a la muerte... como los humanos...

—¡Y quien sabe si conocen mejor el tiempo que los mismos humanos! exclamó Santiago.

—Bien puede que tengas razón. sobrino, terminó don Juan Salvere pensativo.

El sol acababa de desaparecer detrás del océano de verdor; un crepúsculo malva se arrastraba por encima de los árboles.

—Parece que el estómago se me junta con los talones, dijo de pronto el prosaico Gabriel Montrose. Creo que ya basta de filosofías; es mejor dejarlas para la hora de la pipa o del cigarro, es decir, para la hora del humo... después de haber apaciguado el llamado del estómago.

Apetitosos olores de asado llenaban el ambiente. Los tres jefes blancos se instalaron frente al lago, cerca del claro formado a filo de hachas. Un círculo de antorchas los rodeaba y guardias de nagamas y sudaneses vigilaban de trecho en trecho. El concierto nocturno empezaba. Fieras furtivas se deslizaban hacia el lago para beber. A lo lejos se escuchaban a intervalos los gritos de los centinelas.

Y en aquella inmensa carnívora, rodeados de bestias feroces, se sentían tan protegidos contra el peligro como en un vasto comedor europeo. Mientras Gabriel Montrose se servía un succulento trozo de carne asada, exclamó con la boca llena:

—¡Nunca me he sentido más feliz que en estos momentos! Es una cosa deliciosa estar en medio de una selva donde abundan los animales salvajes y, sin embargo, sen-

tirse tan tranquilo como en una casa de campo europea.

—¡Hum! replicó don Juan Salvere. La selva puede incendiarse...

—Si nuestros sirvientes cometen la torpeza de pegarle fuego, de todos modos el fuego nos dejaría tiempo para ponernos en salvo. Por lo demás el incendio puede estallar aquí como en París...

—Una serpiente venenosa puede mordernos, observó Santiago Merande.

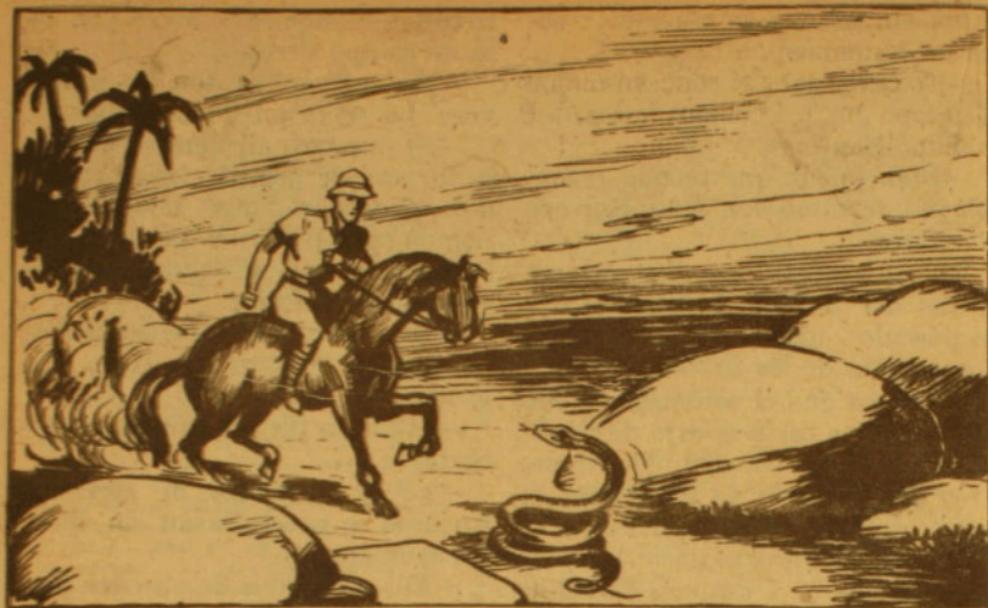
—¡Bah, tu tío nos curaría al instante!

—¿Y si un tropel de elefantes furiosos se precipitaran en nuestro campamento?

—Eso está lejos de suceder porque este pequeño lago no es un abrevadero apropiado para esos enormes paquidermos. ¡No, Santiago, las probabilidades de peligro son aquí tan débiles como pueden serlo en una ciudad civilizada. Organizados como estamos, la naturaleza virgen nada puede contra nosotros...

—Eres muy optimista, Gabriel, replicó Santiago sonriendo.

Unos gritos se sintieron, seguidos de unos gruñidos. Un gran cuerpo pesado surgió de improviso de la parte oscura y se precipitó velozmente hacia los tres hombres blancos, seguido de un grupo de nagamas que gritaban. Los blancos se pusieron de pie de un salto y la bestia, un enorme facóquero, se lanzó derechamente contra Gabriel Montrose. Este, para evitar la embestida, dió un enorme salto en el aire y cuando cayó, se encontró a horcajadas sobre la bestia que siguió su rápida carrera llevando sobre su lomo al improvisado jinete vuelto hacia la cola.



Una serpiente Pitón se alzó haciendo frente al caballo...

El facóquero corrió en derechura a la laguna y al tiempo de sumergirse en el agua, el jinete dió un salto y cayó en la orilla. Se paró y se acercó riendo a sus amigos.

—¿No ves?, le dijo Santiago. ¡Y así decías que aquí estábamos seguros! ¡Te libraste de una buena arremetida! Si no hubiese sido tan ágil deportista, ese animal te habría revolcado y pateado en el suelo y, tal vez, te hubiese dejado gravemente herido.

—¡Bah, lo mismo me hubiese podido pasar en Francia con algún caballo chúcaro o con algún perro rabioso! replicó el empecinado Montrose que estaba dispuesto a defender a brazo partido las excelencias de la selva africana.

En seguida se sirvió una buena taza de café que bebió con dulce beatitud. La noche era apacible y apenas un tenue vaporcillo se levantaba de la laguna. Los gritos de las bestias nocturnas se iban

apagando. Los viajeros se habían entregado a la tranquila voluptuosidad del tabaco y lanzaban azuladas nubes de humo. Nadie se arrepentía de haber vivido durante algunos meses esa vida salvaje.

Al tercer día levantaron el campamento y la caravana prosiguió su marcha. Durante seis días siguieron viendo árboles y más árboles, sumergidos de lleno en aquel vasto reino vegetal. Por eso fué un alivio para todos cuando una especie de llanura como de cinco o seis kilómetros de largo por tres o cuatro de ancho apareció ante la vista de los exploradores. Sólo unos cuantos árboles raquíticos se veían esparcidos por aquí y por allá.

—¡No se puede negar que un gran trecho de cielo libre es una gran cosa! exclamó Santiago Merande.

Y como impulsado por una especie de embriaguez, avanzó con su

caballo a galope tendido un buen trecho de aquel espacio libre. El animal parecía tan contento como el jinete. De repente un extraño espectáculo atrajo, la atención del jinete. Sobre la arena ardiente estaba una especie de gruesa rama enrollada sobre sí misma. Su color tenía la variedad de un mosaico.

Santiago, muy intrigado, refrenó su caballo y miró atentamente aquella "cosa". El caballo se encabritó y en ese mismo instante Santiago se dió cuenta de que se trataba de una serpiente. La cabeza del reptil, una cabeza demasiado pequeña para su grueso cuerpo, se alzó sobre el montón enroscado y mostró dos ojos que miraban con la fijeza del vidrio.

El caballo bufaba encabritado. La serpiente, como si hubiese sido de resorte, se distendió violentamente y su cuerpo monstruoso se proyectó sobre la arena. El caballo había dado ya media vuelta y sin que su amo lo dirigiese, se lanzó a toda carrera. Pero la serpiente, una serpiente pitón, se lanzó detrás y se aferró a una de las patas del caballo. El noble animal dando un bufido cayó sobre la arena arrastrando a su jinete en la caída. Y cuando Santiago, medio aturcido quiso levantarse, sintió que la serpiente se apoderaba de él, lo enrollaba en sus anillos monstruosos y lo apretaba, lo apretaba...

El dolor físico que experimentó el joven era muy vivo; pero más lo era su dolor moral. Además de pensar que iba a abandonar la vida, esa vida que le prometía una luminosa felicidad, pensaba también que era un repugnante animal el que iba a matarlo, a ahogarlo, a quebrantarlo entre sus formidables anillos. Y esta idea lo torturaba

más que su vivo dolor físico. Le parecía el colmo de la degradación morir de aquella manera.

El joven se debatía furiosamente, tratando de librarse de aquellos anillos que lo estrechaban. Pero sus esfuerzos resultaban en vano. Sus brazos perdían las fuerzas y sentía que sus costillas cedían ante la monstruosa presión de aquellos músculos cinco veces más potentes que los músculos del más vigoroso de los hombres.

Al principio había lanzado gritos pidiendo un auxilio que no estaba seguro de recibir. Y poco a poco su voz se fué apagando, el aliento se escapaba de su boca junto con estertores de agonía...

Todo empezó a dar vueltas a su alrededor de un modo vertiginoso. "¡Estoy perdido!" pensó el infortunado joven.

Y esta frase bailaba dentro de su cabeza, se movía de un lado a otro como un péndulo. Su cabeza cayó hacia atrás y trató desesperadamente de pronunciar el nombre de su novia y de su tío Juan Salvere... En seguida perdió el conocimiento...

¿Qué era, mientras tanto, de los demás viajeros?

Don Juan Salvere, al ver alejarse a su sobrino a la carrera a través de la llanura, no se inquietó mucho. Pero cuando lo vió perderse en una ondulación del terreno, empezó a sentir cierta inquietud, esa misma inquietud que sentía cuando alguien de la caravana se alejaba demasiado del núcleo. Gravemente llamó a Malek y le dijo:

—Eres el mejor jinete; sigue a mi sobrino.

(Continuará)



# Viajes de Juan Sebastián de Elcano

## CAPITULO III

Los navegantes fueron bien recibidos por los indígenas, que apenas los divisaron en el horizonte, acudieron a la playa a trocar sus géneros por rescates.

—Aquí sí que se come bien y se compra barato, decía Juanillo al cocinero de la Concepción.

—¿Cuánto dió por esas ocho gallinas, que parecen pavos?

—Las compró el pinche por un anzuelo.

—¿Y esos dos patos, como cisnes?

—Pues los adquirí yo por un peine.

—Piñas es lo que me gustaría a mí, dijo Juanillo.

—Vete a comprarlas, que no tengo yo tiempo de charlar, dijo el cocinero, apresurándose a bajar a la cocina.

Trece días se detuvo la flota en la Tierra de Verzino, y después bajó costeano hacia el sur, en busca del paso con que soñaba Magallanes.

Como la temperatura iba descendiendo, ordenó el almirante que viesen el modo de buscar un puerto abrigado. Navegando un día y otro con grandes penalidades y no pocos infortunios descubrieron, por fin,

un puerto bastante espacioso y al parecer bien abrigado, donde Magallanes decidió que entrase la armada para invernar allí. El 15 de Marzo de 1520 surgieron los nuestros en aquel paraje que denominaron San Julián. Saltaron a tierra bien prevenidos para evitar cualquier ataque de los indígenas, registraron en una prudencial extensión los contornos de la playa; mas no encontraron ningún pueblo de indios ni descubrieron persona alguna, lo que en parte los alegró y también sintieron, ya que podían escasear las provisiones y no sería fácil adquirirlas.

Las privaciones que en el puerto de San Julián padecieron los expedicionarios, la monotonía de aquella vida llena de peligros y sinsabores y la nostalgia de la patria, hicieron que la rebelión mal sofocada en Guinea tomase allí cuerpo y que llegasen los ánimos a exaltarse de tal modo que se hablaba de dar la vuelta. Los capitanes Mendoza, Quesada y Cartagena, que ya estaba libre, azuzaban a los descontentos y decían que Magallanes no cumplía las promesas del Emperador, por lo que era preciso deshacerse de él y volver a España.

Magallanes, que sabía el complot que contra él se fraguaba, mandó que el Domingo de ramos saltasen todos a tierra a oír masa y que des-

pués fuesen a comer con él. Pero solo cumplieron esta orden Alvaro de Mezquita y Antonio de Coca, con lo que se ponían los demás fuera de la obediencia. Por la nave pasaron Cartagena y Quesada con treinta hombres a la nave San Antonio, donde prendieron a Mezquita y, después de una corta escaramuza se apoderaron de la nave. Hablaron entonces a El Cano, requiriéndole de orden del Emperador, cuyos poderes cumplían y obligaban a cumplir a todos incluso a Magallanes, para que aceptase el mando de la San Antonio, como así lo verificó sin discutir y acatando a sus inmediatos superiores.

En vista de tal rebelión envió Magallanes desde su nave al alguacil Gonzalo Gómez de Espinoza a la Victoria con una orden escrita para que intimase la rendición a los sublevados. Llegó Espinoza a comunicar dicha intimación, y cuando la estaba leyendo, Mendoza se rió y burló de él, lo que exasperó de tal forma al alguacil que sacando su revólver mató a Mendoza. Los que iban con el alguacil se apoderaron fácilmente de la Victoria. Poco después de este incidente, la fuerza del agua empujó a la nave que mandaba El Cano contra la de Magallanes; éste creyendo que se le acometía hizo disparar contra ella los cañones, que con su fuego destrozaron la obra muerta de la San Antonio. Mas El Cano no sólo no disparó ni un tiro sino que permitió sin resistencia que los soldados del almirante se posesionaran de la nave. Las demás embarcaciones se entregaron sin resistencia.

Quedaron presos, Quesada, El Cano, Coca y otros. Al primero se

le formó juicio sumarísimo y al amanecer fué ahorcado.

Magallanes no se dejó llevar de la venganza, y dió libertad a los presos, considerando suficiente escarmiento la justicia que en los dos promotores habíase ejecutado.

—¡ Señor, señor; un indio, un gigantazo! ¡ Miradle! Allí está en la playa dando voces y haciendo piruetas, dijo un día Juanillo a voz en cuello y llamando a su señor, que paseaba melancólico por la cubierta del buque.

No sólo el maestre sino también los marineros se asomaron por la borda, atraídos por las voces del paje.

—Pasa inmediatamente a avisar al Almirante, dijo El Cano, que no tardó en volver a su paseo.

Juanillo partió en un bote, y cuando llegó a la nave de Magallanes ya éste contemplaba al desmesurado indio que, cantando, bailando y echándose arena en la cabeza, divertía a la multitud expedicionaria.

—¿ Qué traéis? dijo Magallanes al paje, viéndole llegar precipitadamente.

—Venía de parte de mi señor El Cano a comunicaros lo que ya estáis viendo, así es que llego tarde.

Magallanes, contemplando el airoso porte del joven y recordando sin duda las palabras que en el puerto de Sevilla le había oído, tuvo una idea feliz y le preguntó:

—¿ Te atreverías a traernos aquí a ese gigante?

—Señor...

—¿ Tienes miedo?

—¡ Oh, no! Miedo no... respondió Juanillo aparentando valentía. Pero ese gigantazo echará a correr apenas me vea en tierra, y estoy



El Indio se asustó tanto al ver su rostro en el espejo que retrocedió.

seguro de que a correr no me es posible ganarle.

—Ese indio debe venir de paz. Vete a su encuentro y procura atraerle con demostraciones pacíficas.

—Entonces aquí lo tendréis dentro de unos instantes.

Juanillo palpó la empuñadura de su espada y con ligereza saltó a tierra. El indio al verle, dejó sus zalemas y empezó a retroceder a medida que Juanillo avanzaba. El indígena retrocedía o se paraba según avanzaba o se detenía Juanillo; pero no dejaba de saltar y de echarse arena. Juanillo no sabía ya cómo arreglarse para no perder al indio. De pronto se le ocurrió hacer lo mismo que él y empezó a brincar, hacer gestos y tirar a lo alto puñados de arena. Esta salida ingeniosa provocó tal hilaridad en los tripulantes que sus carcajadas repercutían en aquellos solitarios valles. El indio y el paje, haciéndose

se mutuas zalemas y contorsiones, se fueron aproximando hasta juntarse, y después vinieron ambos hasta la nave.

El indígena que en realidad era de gran estatura y fornido, fué de todos bien recibido y obsequiado y le hicieron comer con ellos. Uno de los tripulantes tuvo la mala ocurrencia de ponerle ante un espejo, y tal susto recibió el indio que, dando un enorme salto retrocedió, costó trabajo calmarle. Obsequiado al salir con algunas fruslerías, marchó tan contento y agradecido que no tardó en volver con varios de los suyos a rendir homenaje a unos hombres que ellos juzgaban como venidos del cielo.

Cinco meses estuvieron allí los exploradores, ya aburridos y desanimados, muy distraídos y gozando en la caza, especialmente de los pájaros bobos que tanto les divertían con su solemne andar en tierra.

(Continuará)

# Vergel 5 INFANTIL

## CALCOMANIA

En la mente de mi Niño  
hay un Caballo con alas:  
puro oro es la montura  
y las espuelas de plata...  
Cuando la tarde declina,  
mi Niño, con él, se encanta.  
Por eso es que, a veces, quiere  
tener una roja espada,  
ser Capitán de aventuras,  
soldado de gran batalla,  
con botas de terciopelo  
y de raso la casaca.

En la mente de mi Niño,  
Un Buque, el perfil destaca,  
reluce como un brillante,  
tiene maderos de nácar,  
triunfan al viento las velas  
y hay soles en cada amarra.  
Por eso, mi Niño, a veces,  
ser marinero es su ansia:  
conocer mares distantes  
de la noche a la mañana  
y descubrir las sirenas  
que juegan con esmeraldas...

En la mente de mi Niño  
Hay un Pájaro que habla  
le trina en lenguaje claro  
el sortilegio de las hadas.  
Por eso, mi Niño, a veces  
un Príncipe azul se llama:  
tiene un castillo, muy lejos  
gnomos y silfos lo guardan,  
rosas azules decoran  
el embrujo de la fachada  
y enredaderas de estrellas  
florecen en las ventanas..

En la mente de mi Niño  
las fantasías cabalgan,  
en un rebaño de ensueños,  
sobre iris de esperanzas...  
¡Si mi Niño es soldado  
que me traiga una medalla!  
¡Si es marino, cuando hombre,  
Dios no lo haga Pirata!  
Y aunque no tenga castillo  
sea dueño de su casa  
y ojalá, en su vida tenga,  
de hoy, igualita el alma...

MARYNE DA LER

## LUMINOSIDAD

Mano, hilandera, primorosa que teje la hamaca irisada de las palabras, en-  
garzando en ellas, el desconocido ritmo que hace del columpio gracioso,  
el vaivén sonoro, do se enreda el alma por los puentes del sensitivo len-  
guaje, do el corazón salta por sus fulguraciones — trémulo y prisionero  
— dándose al verso que se escapa en el giro que arde con chisporroteo  
de brasa viva, con temblor de fugaz estrella...

Mano, tejedora, hacendosa que, fingiendo ser araña con falanges remeros,  
tiene su rueca, donde teje la incortable hebra, por cuya trayectoria ma-  
ravillosa, un haz de astros extiende su virtud...

Y... como la araña, tú, detienes al Universo indiferente, con tu malla lumí-  
nea, espejo de diversos resplandores y distintas musicalizaciones: en el  
signo loco de tus cambiantes ritmos, la vida entorna sus miserias y es el  
alma del alma la que vibra con la potencia triunfal de su evangelio de  
paz, plegaria inmortal, mitad luna y mitad corazón...

Y... rueda la tarantela azul:

mano blanca de mujer que escribe el amor en mil poemas...

mano pálida de un poeta que escribe versos hechiceros...

mano del niño que acaricia...

mano del ángel que ríe, que llora, que tiene del mundo la supremacía de  
lo infinito y de lo eterno, escribiendo en el corazón de su madre, la úni-  
ca canción que no se olvida, porque es toda poesía, toda amor...

MALVA OVALLE DE LA CRUZ

# De lucha quedan hartos los súb



1. Al regreso de las tropas vencidas, muestra Muerde Lagartos gran enojo, ante aquellas cabezas abatidas y ante el pobre avestruz que vuelve cojo.



2. El rey visita al pobre mono herido, al que su amigo y Chochi, hicieron cama con unas hojas frescas que han cogido, buscando la mejor de cada rama



3. Llega un espía y chilla, ruega, implora, al feo rey una sencilla audiencia. Chochi atiende; el mono se incorpora y los tres pierden pronto la paciencia.



4. Y como tanto cunden las alarmas, los soldados se aprestan al combate. Chochi y los monos van hacia sus armas, con el corazón igual que el choco... late.



5. Y allá van los soldados postineros; como hay un avestruz de enfermería, los monos van muy bien de caballero, mientras que Chochi, va de infantería.



6. Y pronto se decide la batalla, aunque Muerde Lagartos por sus males, sufre un fracaso, y aunque el pobre calla, sospecha de tan diestros generales.

# ditos del Rey Muerde Lagartos



7. Chochi, llega ante el rey triste y lloroso, (aunque se alegra de la gran derrota), pero Muerde Lagartos, muy obsequioso, le consuela y le dice que no importa.



8. Unos soldados llegan satisfechos, presentando ante el rey al gran Pepto, y un niño negro; ambos fueron hechos prisioneros cayendo en el garlito.



9. El rey con su consejo de notables, trata el caso de aquellos prisioneros, y el castigo que deben aplicárles. Chochi ahoga suspiros lastimeros.



10. Chochi sufre dolores y amarguras, fingiendo ser extraño a los sucesos, y a sus amigos cuenta sus negruras, y el mal fin que preparan a sus huesos.



11. En tanto los guerreros, gente fiera, preparan el tormento de los niños, disponiendo las cuerdas y la hoguera, holgándose en sus gestos y en sus guiños.



12. Porque creen en Dios, van sin temores camino de la hoguera, custodiados, cual si fueran terribles malhechores. Chochi, vive momentos angustiados.



# QUIEN RAPTO

CAPITULO XVIII



1. A duras penas Jeff Warren, Carol y Jim lograron escapar por entre las llamas y la humareda y cuando salieron a campo libre, Jeff divisó en una garganta a dos enmascarados.



2. Los dos enmascarados decían: — ¡Ahora sí que el viejo Henson no se nos podrá escapar! En seguida se marcharon. Entonces Carol exclamó: — ¡Hay que impedir que rapten a papá!



3. Los tres siguieron andando y de pronto divisaron la estación de la posta. — ¡Jeff, exclamó Carol, en esa diligencia podremos regresar al rancho! Vaya y hable con el mayoral.



4. Jeff se adelantó para hablar con el mayoral; pero cuando el joven le expuso sus deseos, el otro lo miró de arriba abajo y le contestó secamente: — No hay sitio para ustedes.



5. El joven volvió adonde lo esperaban Carol y Jim y les dijo: — El mayoral no quiere llevarnos. Pero tomaremos su coche sin pedirle el consentimiento. Aprovechemos un descuido.



6. Y no tardó en presentarse el momento oportuno. El mayoral se metió en la posada para tomar unos tragos. En el acto Jeff, Carol y Jim se posesionaron de la salvadora diligencia.

# A HENSON?



7. El pesado coche partió velozmente produciendo un gran estruendo. El mayoral salió corriendo de la posada seguido por dos de sus compañeros y lanzaron algunos disparos de revólver.



8. Pero los disparos no surtieron efecto; el coche había tomado ya mucha distancia. —¡A caballo! ordenó el mayoral. Y los tres hombres montaron y emprendieron la persecución.



9. Poco a poco los perseguidores empezaron a ganar terreno detrás del pesado coche. Jim, que iba en el toldo, divisó a los jinetes y exclamó: —¡Más rápido; nos siguen, Jeff!



10. De pronto el camino se estrechó repentinamente y a poca distancia apareció una vuelta. —¡Deténgase, Jeff! gritó Carol. El coche se volcará al dar la vuelta a esa esquina.



11. Jeff comprendió que Carol tenía razón. Con la velocidad que llevaba el coche, era imposible atravesar esa curva sin volcarse. Pero por más que tiró de las riendas...



12. ...El coche no pudo parar y sus ruedas se estrellaron violentamente con las rocas de la orilla del camino, mientras los perseguidores se acercaban al sitio de la catástrofe.

(Continuará)

# PASATIEMPOS



R  
E  
O  
A

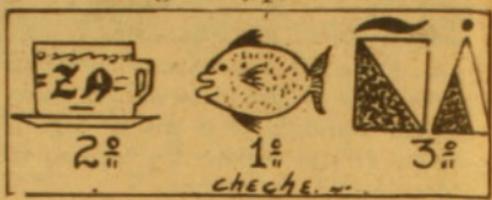
ARPE

Verdejo, por Arpe

- R.— Animal.
- E.— Nombre femenino.
- O.— Nombre masculino.



Jeroglífico, por Briosen.



Charada ilustrada, por Cheche.

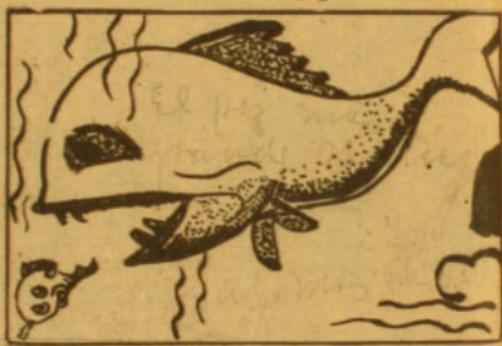


N E R O N  
E L E N A  
G A L T A  
R E S A  
I N D Ú  
T O

Nanita

El Negrito, por Nanita

- N.— Emperador romano.
- E.— Nombre femenino.
- G.— Instrumento musical de viento.
- R.— Arbusto rosáceo.
- I.— Natural de la India.
- T.— Cedazo.
- O.— Animal.



Proverbio-Jeroglífico, por Sin Nombre

## Soluciones de los Pasatiempos del N.º 17

La Mocosita, por Arpe.— María; Ana; Moto; Ají.

El Indú, por Harán.— “El Tesoro Lejano”.

Jeroglífico, por Alej.— La salud es la llave de la felicidad.

Charada ilustrada, por Cheche.— Carlota.

Jeroglífico, por Briosen.— Presidente.

El Enano, por A.....— Blanca Nieves y los Siete enanitos.

# Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

**OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD**

5 Premios de . . . . . \$ 200  
5 " " . . . . . " 100  
10 " " . . . . . " 50  
Cortes de género.  
Cortes de casimir.  
Baterías de cocina.  
Medias.  
Suscripciones semestral a  
"EL COLEGIAL".  
Pelotas de fútbol.

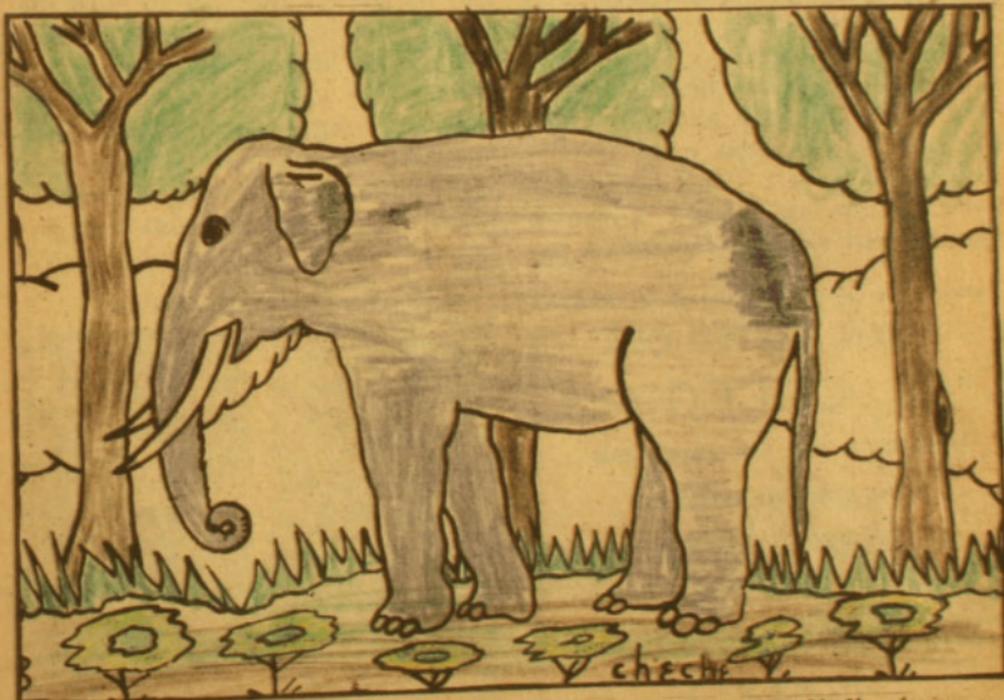
Chombas.  
Bicicletas para niños y niñas.  
Radios.  
Zapatos para niños.  
Zapatos para niñas.  
Tazas de porcelana.  
Calcetines.  
Juegos de Té.  
Muñecas

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

**y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140**

## APRENDA A PINTAR



Coloree este cuadro y envíelo a Cheche, Correo 3. Stgo. Se le adjudicará un premio de \$ 5.00, al mejor cuadro pintado.

# CORRESPONDENCIA

**ADVERTIMOS A NUESTROS LECTORES DE PROVINCIAS,** que envían cupones para el canje del sorteo de Diciembre, cuiden de remitir dirección completa o enviarnos sobre listo para devolver los boletos respectivos.

**Moreno.**— Los dibujos para Sección Pasatiempos deben hacerse en cartulina blanca o papel de dibujo y tinta china negra. Gracias por sus felicitaciones tan entusiastas. Aceptado como colaborador.

**Niño.**— Muy simpáticos sus cuentecitos. No envíe tantos de una sola vez. Tomaremos en cuenta su opinión y posiblemente haremos el concurso que nos indica. Daremos pronto algunas de sus colaboraciones.

**Reina.**— Nos complace saber que a usted le agradan las seriales que publica "El Colegial". Cuando termine "El Tesoro Lejano", y "Los Dos Huerfanitos", daremos otras tan interesantes como éstas.

**Hernán Gálvez.**— Hermosos sus versos. Irán en Vergel Infantil. Gracias por sus buenos deseos pa-

ra esta revista que ya tiene tantos amiguitos.

**Liliana Miranda.**— Excelentes sus producciones. Pronto las verá publicadas. Quedamos esperando sus nuevas colaboraciones. Desde ya la contamos entre nuestros numerosos colaboradores.

**Briosen.**— Daremos sus versos.

**Alej.**— Como siempre muy buenos sus dibujos. Se los agradecemos. Oportunamente daremos principio al concurso de dibujos que han iniciado en compañía de Cheche.

**Nancy Siredey.**— Cuánto nos agrada saber que le gustó la serial "Los Argonautas" y que lee con entusiasmo "El Tesoro Lejano" y "Los dos Huerfanitos". Remítanos un dibujo mejor y lo verá publicado. Debe hacerlo en cartulina blanca y tinta china negra. Aceptada.

**Luis.**— Agradecemos sus efusivas felicitaciones y tomaremos muy en cuenta su opinión respecto a nuestra serial de la tapa.

EL SECRETARIO

GALERIA DE "EL COLEGIAL"



ALFONSO HUERTA-EDMUNDO ZEBALLOS

## GRAN SORTEO QUE "EL COLEGIAL"

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN  
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE  
CONCURSO.

CUPON N.º 7

LA HUELLA

ABUTILON VITIFOLIUM CAV.

FAMILIA: MALVACEAS



Es un arbolito de hojas afelpadas, que alcanza una altura de 2-3 m. Las hojas anchas, pecioladas, acorazonadas, con 3-5 lóbulos desigualmente dentados, recuerdan la forma de la hoja de vid.

La lámina tiene un largo de 10 cm. y está provista de un vello ceniciento en su cara inferior. Está constituida por innumerables pelos estrellados, destinados a la protección de la planta (evaporación). En la base del peciolo se encuentran estípulas pequeñas triangulares, opuestas de a dos.

Las grandes flores azuladas al principio, más tarde -blancas, tienen un diámetro de hasta 8 cm. y están sostenidas por un pedúnculo más largo que las hojas. La corola está torcida al estado de botón. Sus cinco pétalos son trasaovados, débilmente unidos por la base, y a ellos van incertados los estambres cuyos filamentos se unen para formar un tubo. Las antenas se abren hacia fuera. El fruto es una cápsula plana, peluda, redonda, de unos 3 cm. de diámetro. A cada carpelo están unidas 4-6 semillas negras, lisas, ovaladas y arqueadas. El límite sur de esta planta es la isla de Chiloé.

Si en el verano recorremos los cursos de agua desde Concepción al sur, divisaremos entremezcladas al verde intenso del paisaje, grandes manchas blancas que proceden de las infinitas flores con que se adorna la huella en esa época.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

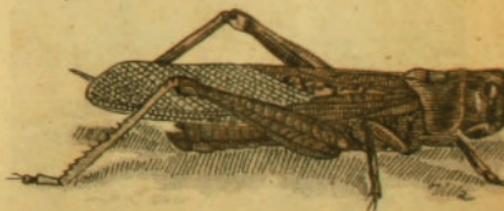
LA LANGOSTA

(SCHISTOCERCA PARANENSIS).

La langosta es un insecto que constituye verdaderas plagas en los países donde habita. Pertenece al orden de los Ortópteros saltadores; tiene sus patas posteriores con fuertes púas que parecen serruchos y le sirven de armas de defensa.

En la República Argentina constituye una de las plagas más peligrosas para la agricultura; por más que en el país hermano se le combate sin tregua por todos los medios posibles.

Esta especie visita a Chile en algunos años, lo hace por el valle del Lonquimay. Como lo hemos observado durante los años 1925 y 1926 en los meses de Enero y Febrero. El valle es invadido por este insecto; allí desova, pero resulta que todos esos huevos se pierden debido a que la nieve cubre muy luego todo el valle y las saltonas todas mueren. Causa por la cual en Chile no puede prosperar.



# SOMOS LOS BUENOS MUCHACHOS



1. Oye, Bombolito, dijo Pirigún ¿a que no eres capaz de hacer caer con un tiro de tu honda este tarro de conserva vacío? — ¡Claro que soy capaz! respondió Bombolito.



2. Y mientras Bombolito hacía la puntería, Pirigún se reía con toda gana, porque el muy píllo sabía que el tarro de conserva sería lanzado contra un obstáculo.



3. Y ese escondido obstáculo no era otra cosa sino la fuerte humanidad de don Copucha que estaba en el jardín. De repente sintió volar la gorra de su cabeza.



4. Y mientras don Copucha se quedaba rígido de sorpresa, Pirigún decía a Bombolito: ¿A que no eres capaz de pasar un tiro por ese agujero? Lo verás, dijo Bombolito.



5. Bombolito disparó el hondazo con toda su fuerza y la piedra, pasando el agujero, fué a dar en pleno mapamundi del asombrado y agachado portero don Copucha.



6. Bombolito se dió cuenta de la jugada que le había hecho Pirigún y, en vez de enojarse, se rió al ver la figura de don Copucha. Pero venía mister Gafas...



7. Mister Gafas se acercó muy severo a los buenos muchachos; pero en ese instante, don Copucha lanzó con furia el tarro por encima de la cerca, el resultado ya lo ven



8. Herido en su dignidad, mister Gafas castigó a don Copucha haciéndolo escribir cien veces la frase: "Yo soy un borrico".